



La Santa Sede

Queridos hermanos y hermanas:

En el pasado el primer domingo de julio se caracterizaba por la devoción a la Preciosísima Sangre de Cristo. Algunos de mis venerados predecesores del siglo pasado la confirmaron, y el beato [Juan XXIII](#), con la carta apostólica [Inde a primis](#) (30 de junio de 1960), explicó su significado y aprobó sus letanías. El tema de la sangre, unido al del Cordero pascual, es de primaria importancia en la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento, la aspersion con la sangre de los animales sacrificados representaba y establecía la alianza entre Dios y el pueblo, como se lee en el libro del *Éxodo*: "Entonces tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: "Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, según todas estas palabras"" (*Ex 24, 8*).

A esta fórmula se remite explícitamente Jesús en la última Cena cuando, ofreciendo el cáliz a los discípulos, dice: "Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados" (*Mt 26, 28*). Y efectivamente, desde la flagelación hasta que le traspasaron el costado después de su muerte en la cruz, Cristo derramó toda su sangre, como verdadero Cordero inmolado para la redención universal. El valor salvífico de su sangre se afirma expresamente en muchos pasajes del Nuevo Testamento. Basta citar, en este Año sacerdotal, la bella expresión de la *carta a los Hebreos*: "Cristo... penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna. Pues si la sangre de machos cabríos y de novillos y la ceniza de vaca santifica con su aspersion a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!" (*Hb 9, 11-14*).

Queridos hermanos, está escrito en el *Génesis* que la sangre de Abel, asesinado por su hermano Caín, clama a Dios desde la tierra (cf. *Gn 4, 10*). Y lamentablemente, hoy como ayer, este grito no cesa, porque sigue corriendo sangre humana a causa de la violencia, de la injusticia y del odio. ¿Cuándo aprenderán los hombres que la vida es sagrada y pertenece sólo a Dios? ¿Cuándo entenderán que todos somos hermanos? Al grito por la sangre derramada, que se eleva desde tantas partes de la tierra, Dios responde con la sangre de su Hijo, que entregó su vida por nosotros. Cristo no respondió al mal con el mal, sino con el bien, con su amor infinito. La sangre

de Cristo es prenda del amor fiel de Dios a la humanidad. Contemplando las llagas del Crucificado, cada hombre, incluso en condiciones de extrema miseria moral, puede decir: Dios no me ha abandonado, me ama, ha dado la vida por mí; y así volver a tener esperanza. Que la Virgen María, quien al pie de la cruz, junto al apóstol san Juan, recogió el testamento de la sangre de Jesús, nos ayude a redescubrir la inestimable riqueza de esta gracia y a sentir por ella gratitud íntima y perenne.

Después del Ángelus

Estos días nos ha conmovido la tragedia de Viareggio. Me uno al dolor de cuantos han perdido a sus seres queridos, han resultado heridos o han sufrido daños materiales, también graves. Mientras elevo mi ferviente oración a Dios por todas las personas involucradas en la tragedia, expreso el deseo de que incidentes similares no se repitan y se garantice a todos la seguridad en su trabajo y en el desarrollo de la vida cotidiana. Que Dios acoja en su paz a los difuntos, conceda un pronto restablecimiento a los heridos e infunda consuelo interior a cuantos se han visto afectados en sus sentimientos más queridos.

(Condena del atentado en Cotabato, Filipinas)

Expreso además mi más profunda deploración por el atentado perpetrado esta mañana en Cotabato, Filipinas, donde la explosión de una bomba ante la catedral, durante la celebración de la misa dominical, ha causado algunos muertos y numerosos heridos, entre ellos mujeres y niños. Mientras ruego a Dios por las víctimas de este innoble gesto, alzo mi voz para condenar una vez más el recurso a la violencia, que jamás constituye un camino digno para la solución de los problemas que existan.

(En español)

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española. En el evangelio de este domingo, hemos contemplado la escena en la que Jesús estando "en su tierra" comienza a predicar en la sinagoga. Los que le escuchan desconfiaban de él porque sabían que era "el hijo del carpintero". El Señor, nos dice el evangelista, quedó extrañado por "su falta de fe" y "no pudo hacer allí ningún milagro". Que la santísima Virgen María nos alcance la gracia de gozar de una experiencia viva de Cristo, que alimente y nutra nuestra fe en sus palabras y obras. Muchas gracias y feliz domingo.
